

u n A m i r a d A a L s u R e N l o S t i e m p o S d e L p e n s a m i e n t O ú n i c O

mariolA garcÍA pedrajaS

Una de las características de tiempos como los que estamos viviendo es la agresividad con la que el Pensamiento Único trata de imponerse. Ese Pensamiento Único se esfuerza por desprestigiar cualquier posición contraria a los intereses de quienes lo promueven, sustituyendo la argumentación por la mera adjetivación de la misma como «radical». Recientemente alguien me recordó el hermoso significado original de radical, que va a las raíces. Es pues comprensible esta beligerancia del Pensamiento Único contra el radicalismo, ya que una de sus principales características es, precisamente, su falta absoluta de radicalismo. Cualquier situación o conflicto se presenta de forma descontextualizada, sus raíces se ocultan bajo unos cuantos lugares comunes. En nada se muestra con tanta claridad este antirradicalismo del Pensamiento Único como en su visión de Occidente frente al Mundo. Nos consideramos sociedades de rico debate. Es irónico, pero es precisamente el mismo Pensamiento Único el que promueve la idea de que las opiniones en nuestras sociedades, las occidentales, a diferencia de lo que ocurre en otras, son plurales. Sin embargo, en ese “rico debate” en contadísimas ocasiones surge el cuestionamiento de una visión totalmente estereotipada del mundo no occidental, y por lo tanto de nuestra relación con él. Los estereotipos no se tratan como tales sino casi como «verdades reveladas» que no son debatibles sino siempre el punto de partida del debate. Esta visión antirradical se promueve sin descanso no solamente desde los medios informativos sino en gran medida también desde los culturales.

Uno de los estereotipos más comunes sobre los países y pueblos africanos es presentarlos como inermes, incapaces de hacer nada por sí mismos, poco más que pueblos infantiles, los meros receptores de nuestra generosa ayuda humanitaria. Me refiero específicamente a África porque en estos momentos en que se ha convertido en blanco prioritario de conquista y control de sus recursos por parte de Estados Unidos, con la participación de las antiguas potencias coloniales europeas, la promoción de estereotipos sobre los países y sociedades africanas está en un punto álgido. Además, incluso dentro de lo que llamamos el Tercer Mundo consideramos escalas y a África la situamos en la más baja. Pues bien, según el Pensamiento Único, en esta cuestión, como en todas en nuestra sociedad, hay pluralidad de opiniones. Sí, claro, desde la más encallecida que considera que bueno, que ya está bien de vivir del cuento, que hagan algo por sí mismos en vez de andar todo el día a machetazos unos con otros, a la que, con narcisismo occidental, considera, que nuestra relación con África debe guiarse por el muy humanitario «no les des pescado enséñalos a pescar». Pero por muy diferentes que puedan parecer, ninguno de los lados del debate cuestiona el dogma principal, que consiste en que nada bueno sucede si no hay algún occidental de por medio, que nosotros somos siempre los benefactores y ellos los beneficiados. Hay algo tristemente lúdico en ese arrogante paternalismo que adoptan las sociedades occidentales frente a otras sociedades que tienen que luchar en condiciones mucho más duras. Supongo que en el fondo esto no se diferencia tanto de algo que sufrimos continuamente en estos tiempos de crisis, el tonillo paternalista de la clase acomodada, que solo sabe de mimos y comodidades, aleccionando a la clase trabajadora.

Veamos sin embargo una información concreta de esas que no es probable encontrar ni siquiera en un sesudo documental de la 2, y que cuestiona esta visión estereotipada de pueblos sin ninguna vocación de independencia. África carecía de satélites de telecomunicaciones propios, para sus conversaciones telefónicas, incluidas las que se realizaban localmente, tenía que pagar una tasa anual de 500 millones de dólares a Europa por el uso de satélites europeos como INTELSAT. A principios de los 90, 45 países africanos establecieron la Organización Regional Africana de Comunicaciones por Satélite, RASCOM, con la idea de promover que África tuviera su propio satélite y poder rebajar así de forma drástica los elevados costes de comunicación en el continente. En la búsqueda de financiación para el proyecto, con un coste total de 400 millones de dólares, menos de lo que costaba el alquiler de los satélites europeos un único año, RASCOM acudió de forma reiterada al Fondo Monetario Internacional (FMI) y al Banco Mundial. Durante 14 años solo recibieron promesas vagas de estas instituciones. Al final fue Libia la que aportó la mayor parte de la financiación, 300 millones de dólares, lo que permitió, con aportaciones menores de otras instituciones, construir y lanzar en diciembre de 2007 el primer satélite africano. Posteriormente Sudáfrica, Nigeria, Angola y Argelia lanzaron también sus propios satélites con la colaboración de China y Rusia, y el segundo satélite panafricano fue lanzado en julio de 2010.

Eso que llamamos ayuda al creemos que es el elemento clave conocido con el feo nombre de muchos casos favorecer los otorgan. Pero incluso la ayuda que simplemente el chocolate del loro inmensamente más poderosa, en un variable donde instituciones como el totalmente dominadas por las de sus oligarquías económicas. Y representan, más que «enseñarlos a puedan ni tener su propia caña y Imponen unas condiciones económicas que como decía Martin Luther King le quitan lo necesario a los muchos para darle lujos a los pocos.



desarrollo, esa «cooperación» que de nuestra relación con el Sur, también Tercer Mundo, tiene como objetivo en intereses económicos de aquellos que la tiene intenciones honestas es frente a una «anticooperación» mundo de correlación de fuerzas muy FMI y el Banco Mundial están potencias occidentales y los intereses representando los intereses que pescar» se esfuerzan para que no mantenerlos en la dependencia.

Otro de los estereotipos muy difundidos sobre los pueblos del Sur y que se aplica totalmente a nuestra visión de los africanos es que son poco civilizados. No solo tenemos que ayudarlos económicamente sino además civilizarlos, como si no tuviéramos ya bastante trabajo enseñándolos a pescar, hay que ver el trabajo que nos dan, con razón el escritor Rudyard Kipling lo llamó «la carga del hombre blanco». En los últimos tiempos he escuchado a un número de personas a las que rara vez, si alguna, había oído hablar de África, y que probablemente tengan problemas para situar algún país africano en el mapa, comentar horrorizadas la persecución de niños albinos en este continente. El que la persecución de niños albinos en África sea *vox populi* incluso entre las personas más superficiales y menos informadas de nuestra sociedad, mientras que por ejemplo no preguntéis a vuestro alrededor por los bombardeos de Somalia con aviones no tripulados, los llamados *drones*, de Estados Unidos, que será difícil que alguien sepa de que le estáis hablando, da como resultado que en nuestra mente el enemigo del africano es siempre otro africano, ¿qué podemos hacer nosotros si son unos salvajes?

Esta promoción permanente de la idea de que el enemigo de un africano es siempre otro africano, y que nos exonera de cualquier responsabilidad a través de las políticas promovidas por nuestros países, es permanente. El que fuera presidente de Burkina Faso desde 1983 hasta su asesinato en 1987, Thomas Sankara, decía que la mujer africana es víctima de una doble discriminación, la que sufre a manos del neocolonialismo, que la sufren también los hombres africanos, y la que sufre a manos de éstos. Actualmente existe lo que podríamos llamar un neofeminismo de fuerte inspiración eurocéntrica que convierte a la mujer africana en víctima únicamente de lo segundo, contando así una historia falsa que es perfectamente compatible con la visión propagada por el Pensamiento Único y con los intereses de aquellos que lo promueven. De hecho resulta llamativa esa unión de fuerzas que hacen autoproclamados feminismos occidentales y las fuerzas más conservadoras, las que alardean de la raíz cristiana de Europa venga o no a cuento, a la hora de presentar a la mujer africana como víctima

exclusivamente del hombre africano. Esto muestra la omnipresencia del Pensamiento Único y la ausencia de ningún debate realmente crítico o radical, que vaya a las raíces. Al final, esa clase de feminismo, en su pretensión de defender a la mujer africana pero desde el paternalismo y la falta de autocrítica sobre nuestros propios países y su política externa, lo único que hace es ayudar a crear el clima necesario para que los países africanos puedan ser atacados con impunidad, sin que tenga el más mínimo coste político para aquellos que los atacan. La mayoría ni pestañea incluso ante el ataque más cruento de los muchos que sufre el Sur, la agresión militar abierta. De hecho, la agresión militar occidental por muy abierta que sea ya no se llama agresión, ni hay declaración alguna de guerra, las guerras que acomete Occidente han devenido en «humanitarias», y esas siendo por motivos tan nobles no hay ninguna obligación de declararlas. Las bombas empiezan a caer y como, a pesar de su fuerza destructora, son armas de las llamadas inteligentes, seguro que saben esquivar al niño albino y a la mujer oprimida por el machista africano y matar sólo al malo. Toda esta indiferencia e impunidad es posible por la imagen que se ha creado anteriormente. Pero créanme, pocas cosas serán tan destructivas para la vida de la mujer africana como el ataque económico y/o militar de las poderosas potencias occidentales.

En el único pensamiento que nos bombardea día y noche, las potencias occidentales «nunca pierden», si no se pueden presentar bajo una luz positiva, simplemente se desvía la atención. Si se habla por ejemplo del drama de la inmigración el enfoque será siempre en temas como el de las mafias, jamás en las causas que destruyen la vida de tantas personas y las llevan a la emigración: políticas del FMI, saqueo de los recursos por parte de las potencias occidentales, permanente injerencia y desestabilización de esos países. Decía León Tosltói algo así como que cuando escribía sobre frivolidades hasta el Zar lo leía con gusto, sus libros más conocidos de «grandes dramas humanos», pero que cuando empezó a escribir sobre lo importante empezaron los problemas. Pues bien, esa forma de enfocar el drama de la inmigración, incluso si se hace con la apariencia del más sesudo y serio de los documentales, hasta los nuevos zares, los mismos que con sus políticas empobrecen países y hacen imposible la vida de la gente empujándolas a jugarse la vida emigrando, la recibirán con gusto. Y si se habla sobre todo de mafias locales, con caras tan oscuras como las de los propios empujados a emigrar, entonces no la recibirán ya con gusto sino con grandísimo gusto. De nuevo el africano cuyo único enemigo es otro africano.

Hay que reconocerle al Pensamiento Único que es capaz de hacer de la necesidad virtud y convertir hasta el más atroz de las acciones de Occidente en algo que parezca justo y necesario. Durante los años más cruentos de la ocupación de Irak muchas informaciones que se pretendían críticas hablaban de las tropas de Estados Unidos no como cometiendo crímenes sino «mirando hacia otro lado sin hacer nada» mientras se desataba la violencia sectaria en el país. La idea central de estos artículos es particularmente peligrosa ya que no se presentaba a la intervención occidental como de consecuencias terribles (bombardeo y ocupación de Irak, básicamente destrucción del país, destrucción de su soberanía), sino deseable y necesaria para conseguir objetivos nobles (detener la violencia sectaria). Esa violencia sectaria que había empezado precisamente tras la ocupación. De nuevo el Pensamiento Único y una de sus verdades intocables, que la intervención occidental es, en esencia, positiva. Pero los pueblos que la sufren tal vez no la vean así y cuando constatamos que a lo mejor no tenemos en el resto del mundo esa imagen tan positiva que con toda justicia creemos merecer, decimos que son sociedades atrasadas que no comparten nuestros valores y preocupación por los derechos humanos. Y es que Occidente parece ese marido maltratador que ha aparecido con un ramo de flores y se ha sentido muy ofendido porque su mujer, con el ojo morado, no ha mostrado el suficiente entusiasmo y agradecimiento ante su gesto.

Algunos pensarán, he de añadir que influidos por una de las críticas más comunes que el Pensamiento Único hace de posiciones como la mía, que mi visión del Sur es demasiado positiva y que me estoy dejando llevar por el mito del buen salvaje. Nada más lejos de la realidad, no creo que exista tal cosa, ni siquiera sé muy bien qué es un «salvaje» y que lo distingue de uno que no lo es. ¿A los que deciden bombardear sin descanso con misiles de última generación un país de 6 millones de habitantes a lo largo de un periodo de meses hasta conseguir que se ponga de rodillas, debería incluirlos en la categoría de salvajes o en la de civilizados? Además, basta echar el más somero de los vistazos a qué consecuencias sufren unos países debido a la agresión y/o injerencia de otros para darnos cuenta que, si vamos a hablar de mitos, ninguno lo es tanto como el del Occidente salvador, único valedor de los derechos humanos.

Hablo de *nosotros*, el mundo occidental, frente a *ellos*, pero lo más triste es que el *nosotros* y *ellos* que nos ha impuesto el Pensamiento Único es totalmente ficticio, cuando así pensamos lo hacemos bajo la presión ideológica de las oligarquías económicas que dominan todo el discurso. Si antes nos hemos llevado a engaño, deberíamos verlo claro ahora, cuando los pueblos de Europa estamos sufriendo un ataque sin cuartel por parte de los mismos que llevan años explotando al Sur, y que para hacerlo más cómodamente y sin oposición nos engañan con una visión totalmente tergiversada del mismo. Es el mismo ataque, no se molestan ni en cambiar la terminología; las políticas económicas radicalmente neoliberales que el FMI impuso en Latinoamérica, Asia y África se llaman «Programas de Ajuste Estructural». Si escucháis los medios informativos estos días oiréis con frecuencia que en España hacen falta «cambios estructurales». Nosotros partimos de una situación mucho mejor y les costará probablemente mucho más causar el mismo nivel de sufrimiento, pero el ataque es de la misma naturaleza, y para beneficio del mismo grupo social. Deberíamos ser capaces de verlo, pero no sé si se puede ser optimista, veo miedo e incertidumbre a mi alrededor, y ante el miedo se reacciona intentando protegerse y es cuando más receptivo se está al mensaje simplón y falsario del Pensamiento Único.

Recientemente en un artículo de Noam Chomsky me llamó poderosamente la atención el título, *Como reconocer a la «nogente»*. La «nogente» es perfectamente sacrificable, no tiene derechos, básicamente su sufrimiento no cuenta, no tiene valor, olvídate de ella. Un efecto particularmente pernicioso de esa ideología que ha hecho girar el mundo en torno a Occidente es que eres «tan gente» como cerca estés de lo que se considera el epicentro occidental. De hecho alguien de un país de la periferia de Europa como nosotros no es tan gente como por ejemplo un alemán. No estamos a su nivel evolutivo, no hay más que ver la naturalidad con la que aceptamos que Angela Merkel, una persona más allá de ninguna posibilidad de control democrática por nuestra parte, controle de hecho nuestro futuro, y hasta use con nosotros el lenguaje reservado para los niños, «hacer las tareas». Pero bueno, si aceptamos esa ideología por lo menos podemos sentirnos «más gente» que por ejemplo un nigeriano, eso debería reconfortarnos. Así que el Pensamiento Único para mantenernos desunidos no cuenta solo con la desinformación sino con ese sentimiento fuertemente arraigado de que unos seres humanos tienen más valor que otros, son más gente. Y mientras los ataques al Sur, incluidas las agresiones militares abiertas, siguen aumentando, aumenta también el número de la «nogente» en nuestras propias sociedades, que le vamos a hacer, es la *crisis*, no podemos salvar a todo el mundo, y ya sabemos que unos importan más que otros.

En un hermoso discurso, Mike Prysner, soldado estadounidense que participó en la guerra contra Irak hace esta reflexión:

La clase pobre y trabajadora es enviada a matar a gente pobre y trabajadora en otros países para que los ricos se hagan más ricos. Sin el racismo, los soldados se darían cuenta que tienen más en común con el pueblo iraquí que con los millonarios que nos enviaron a la guerra... Arrojé a familias enteras a la calle en Irak para volver a casa y encontrarme que familias enteras estaban siendo arrojadas a la calle... Tenemos que despertar y darnos cuenta de que nuestros verdaderos enemigos no son gente en tierras lejanas, personas cuyos nombres no conocemos y cuyas culturas no entendemos, nuestro enemigo son personas que conocemos muy bien y que podemos identificar.

Quizás ahora más que nunca deberíamos recordar las palabras de alguien como Martin Luther King, y comprender que la situación que vivimos no es el resultado de alguna ley cósmica contra la que nada podemos hacer, sino de un sistema económico diseñado por una pequeña minoría de la población mundial para favorecerse a sí misma, a costa de sacrificar tantos seres humanos como haga falta. Un sistema económico (y de valores) que avanza viento en popa sacrificando cada vez más gente, convirtiendo a más gente en «nogente». Quizás ahora más que nunca deberíamos escuchar a personas como Mike Prysner, quien descubrió la verdadera naturaleza racista de esa visión que presenta al mundo occidental como el nivel superior y más avanzado de la evolución humana, y al superar ese racismo comprendió que tenía más en común con los pueblos de los países a los que se estigmatiza para poderlos atacar y controlar sus recursos (es decir, robárselos) con impunidad, que con aquella clase dentro de nuestro propio mundo que promueve esos ataques para su propio beneficio. Este es el tiempo del Pensamiento Radical que cuestione verdaderamente el Pensamiento Único.